

NOTA EDITORIAL

A CONTRAMANO DE LA HISTORIA

Una de las páginas más negras de la historia de la humanidad es la que se refiere a la esclavitud. El corazón se oprime y se crispan los puños, cuando leemos los relatos de aquel vil e infame comercio. Cómo pudo el hombre descender a tales abismos de crueldad, a tratar a otros seres humanos como si fueran cosas, bestias o mercadería. Estremece el sólo pensar en aquellos navíos repletos de esclavos, apiñados como hacienda, sufriendo la sed, el hambre y las enfermedades sin que sus “dueños” mostraran la más mínima piedad; y además arrojando al mar los cadáveres de un calculado porcentaje de muertos. Todo ello aún hoy clama el castigo divino.

Afortunadamente eso es historia del pasado. Nadie se atrevería a reeditar semejante comercio. Quien lo intentare, marcharía a contramano de la historia.

Sin embargo aún existen traficantes que van a contramano de la historia. Mercaderes de seres vivos. Comerciantes que son una rémora de la civilización. Me refiero a esos personajes conocidos como “pajareros”. Al igual que aquellos negreros —salvando obvias diferencias— también éstos, en un enloquecido afán de atesorar ganancias fáciles no reparan en causar un daño inmenso al país, despoblando campos, serranías y bosques. Con una crueldad indigna de seres humanos atiborran jaulas y cajones con su “mercadería” que luego transportan en condiciones tan miserables que durante el viaje muere un alto porcentaje ya calculado y contabilizado. Tal mercadería no es otra cosa que esas joyas aladas a las que el Creador dotó del don de cantar a la libertad.

Hoy nadie pone en duda la necesidad —y urgente— de conservar y defender lo que nos va quedando de la naturaleza. Los gobiernos se empeñan en crear parques y reservas donde puedan sobrevivir animales y plantas. Entidades conservacionistas luchan por preservar de la contaminación los diversos ambientes y una pléyade de naturalistas, estudiosos, científicos y estadistas llaman la atención del mundo acerca de los peligros que se ciernen sobre el planeta si no se pone coto a la contaminación y a la destrucción de los ambientes, a la devastación de los bosques y a la matanza de los animales silvestres.

Frente a esta corriente, los “pajareros”, negregos redivivos, no escatiman medios —lícitos o no— para contribuir al empobrecimiento de los ambientes naturales, ya que con la caza de aves silvestres restan uno de los elementos importantes de su equilibrio normal. Evidentemente van a contramano de la historia.

En la antesala del siglo XXI no podemos tolerar a estos traficantes de vida. La Asociación Ornitológica del Plata al tiempo que hace un llamado a la conciencia de estas personas para que abandonen una actividad que no los enaltece y que perjudica a la nación, se compromete a luchar por todos los medios a su alcance para terminar de una vez para siempre con la venta de aves silvestres. Estamos convencidos de que preservando el patrimonio avifaunístico nacional estamos también defendiendo una herencia de la que no tenemos derecho de privar a nuestros hijos.